

dicador, sino que en estas críticas circunstancias es cuando debe mostrar que es dueño de sí mismo. A veces durante las misiones han resultado incendios y otros graves incidentes, y á la serenidad de los misioneros se ha debido que no haya habido desgracias, sobre todo en las puertas de la iglesia. Edifica mucho en todas estas circunstancias saber conservar la dignidad y la mansedumbre. San Francisco de Sales en su carta al Arzobispo de Bourges, se acusa como de una grave falta por haber manifestado cierto disgusto un día que tocaron las campanas antes que hubiese concluido el sermón. Lo mismo cuando hay pocos oyentes, se les exhorta con caridad y celo que inviten á los ausentes que vengan á los sermones, y con esto todos quedan prendados de la afabilidad y dulzura del predicador.

617. 2.º Celo. ¿Cómo conoceréis la santidad? Con el celo. El celo devora el pecho de los que aman á Dios, constituye una cualidad esencial de la predicación apostólica. Leed, ungidos del Señor, esta hermosa página de un escritor moderno: «El celo inspira al predicador el verdadero modo de hacerse comprender, de mover y persuadir; el celo sugiere esas expresiones que hieren las fibras más delicadas del alma, esas figuras vehementes y esas exclamaciones enérgicas, esas súplicas y esas reconvenciones, esos atrevidos apóstrofes que sólo se ven en los Profetas y en los inspirados del Señor. La elegancia vivificada por el celo llega á su último límite, arroja certeros dardos, mueve y arrastra. La elocuencia del discurso puede padecer algo, pero ¿qué importa? El predicador digno de este nombre aspira á un objeto más alto: coloca bajo sus pies toda mira de amor propio, y olvidándose de sí mismo, le basta hacer sentir al oyente á quien es menester salvar. No corre en pos del arte, pero éste le acompaña, pues no hay nada comparable á las expresiones que salen de un corazón convencido, lacerado de dolor y como fuera de sí en presencia de los extravíos del hombre, el desprecio que hace de la Religión y el peligro en que se halla de caer en el infierno. El que tiene verdadero celo, intenta todos los caminos para insinuarse en el corazón y convertir; es fuerte, vehemente y activo; su voz, sus gestos, sus miradas y el vigor de sus palabras,

todo sorprende y penetra; se concibe que hay algo de admiración, que es Dios quien habla por su boca, y su voz viene á ser voz del Señor que rompe los cedros, que arroja fuego y llamas: *Vox Domini confringentis cedros, vox Domini intercidentis flammis ignis.* (Ps. XXVIII, 7).

618. Guardémonos de confundir el verdadero celo con el amor propio y el deseo de quedar bien en nuestro empeño. Este es un movimiento natural, mientras que el primero tiene un motivo sobrenatural. Hay gran diferencia entre los dos. Así como el verdadero celo tiene por principio la *caridad*, y por regla la *prudencia*, y por tanto ama entrañablemente y se vale de todos los medios prudentes para atraerlos y convertirlos, hasta lograr la paz del alma y el cumplimiento de sus deberes; por el contrario el otro, como á cosa natural y animado tan sólo de la pasión, no respeta personas ni tiempos, ni sabe aguardar ocasiones favorables, ni modos convenientes; se incomoda contra las voluntades rebeldes, grita y choca con cuantos no ceden al instante, sin saber siquiera preveer cuan caras cuestan la imprudencias.

619. 3.º Recitar bien. Momento solemne aquel en que el predicador se deja ver en el púlpito. Las miradas de todo el auditorio están fijas sobre él; sus primeras palabras son esperadas con avidez, con ansia indescriptible; todos desean saber cuanto antes de qué materia tratará y de qué manera. El orador debe satisfacer esta ansiedad. Es necesario que esté penetrado del asunto que ha de manifestar. Un profundo sentimiento debe embargarle, y todo su exterior conmovido debe hacer comprender que en el seno de su alma germinan grandes verdades, y que ardorosos sentimientos abrasan su pecho y consumen su corazón. Y en esto no puede haber ficción: pues las verdades eternas y los grandes intereses de las almas á quienes predica no son para menos. Su voz expresiva, sus gestos naturales, los movimientos tan propios, sus facciones animadas, sus ojos iluminados, su noble continente y la energía de toda su expresión; todo debe manifestar que allí hay sentimiento, hay vida, animación, interés y entusiasmo, y entonces este entusiasmo... corre como la electricidad, se apodera de los oyentes, que quedan dominados bajo la elocuente palabra del orador, abrasado su corazón por

la actividad del fuego sagrado. Brille la fe, haya convicción, partan las palabras de los labios del predicador como rayos poderosos que todo lo alcanzan, crucen veloces el espacio esas saetas poderosas de la palabra divina que derriten los corazones cual blanda cera, y en estos momentos aproveche el hombre de Dios aquel fuego interior que le devora, aquellos vehementes ardores que ha concebido en la oración; porque, según San Francisco de Sales, el predicador que siente vivamente las cosas divinas porque las ha meditado, tiene cierta retórica del alma que supera en mucho á las más acertadas combinaciones del arte oratorio.

620. Aproveche los últimos momentos del sermón con aquellos poderosos recursos que ofrecen las verdades y misterios de nuestra sacrosanta Religión. Llevado en alas del fervor, sobresalió en ello el Vble. P. Diego de Cádiz, misionero capuchino. En una relación de las Misiones de Valencia en Marzo de 1787, decía de él un testigo ocular: «Donde echa el resto de su eficacia, elocuencia y ternura es en el Acto de contrición. Es imposible haya corazón tan duro que no se ablande con los suavísimos afectos que dice á Jesús crucificado, con quien se estrecha tan vivamente, que parece lo quiere entrar en su corazón. El de los oyentes, ya se comprime de dolor, ya se deshace enviando raudales de arrepentimiento á los ojos: es en fin, un nuevo modo de convertir no visto, ni oído por nosotros hasta ahora. Confieso que, si no se hubiese compungido mi alma en este lance, me contaría entre los réprobos, ó lo tendría por señal de precito... Su rostro se enciende en amor de Dios, sus ojos se deshacen en lágrimas, y no hay espectáculo más digno y tierno que ver al P. Cádiz con el Crucifijo en la mano: con esta divina arma no hay para él resistencia humana: caen los muros de la soberbia, el babel de las pasiones se aniquila, y se deshace el edificio de la incontinencia; todo es blanda cera á la voz y expresiones del P. Cádiz.»

621. Nos permitiremos todavía trasladar aquí lo que otro dice en su relación de las Misiones que dió en la ciudad de Murcia en el mes siguiente, Abril de 1787. Después de describir la maravillosa predicación del P. Cádiz, continúa: «En el Acto de contrición y con el Crucifijo en las manos, es

irresistible. Las acciones expresivas de su cuerpo y rostro; los abrazos con el Señor; aquel levantarlo y mirarlo tiernamente; aquellos coloquios tan dulces con que desahoga el amor que interiormente le abrasa, no hay con qué compararlos. Ni Antonio enfurecía tanto al pueblo romano contra el que dió muerte al César, cuando le manifestó su toga deshecha á puñaladas, y manchada con su misma sangre, como el P. Cádiz hace aborrecer el pecado que fué la causa de la muerte de nuestro Redentor, cuando lo presenta escarpiado en la cruz que le formaron nuestras culpas. Aquel *dulce de mi esperanza* con que lo estrecha en su pecho, es capaz de ablandar los corazones más empedernidos. Aquellas lágrimas que corren por sus mejillas, y las arroja su celo y caridad, liquidan la insensibilidad de los espíritus más obstinados. No movería tanto á compasión un hijo que se halla repentinamente á su padre muerto, traspasado su corazón con mil heridas, y que se abraza con su cadáver, como el Padre Cádiz excita los afectos más tiernos y el dolor más activo cuando nos presenta á Jesús en el estado en que lo pusieron nuestros pecados...»

622. «Al trueno de la predicación del P. Cádiz se han visto pobladas las iglesias de verdaderos penitentes, que con sus lágrimas y arrepentimiento le forman la más lustrosa corona. Son innumerables las confesiones generales que se hacen, y apenas pueden consolar los confesores á tanto concurso como busca su remedio en el sagrado Tribunal. Los templos se ven más asistidos á todas horas; los Sacramentos de Penitencia y Comunión tan frecuentados, que en sólo alguno de los conventos regulares iban á los ocho días ministradas más de seis mil Formas... El suceso ha correspondido á los pronósticos y á los deseos. Se ha observado generalmente una reforma grande en las costumbres.» En estas relaciones de testigos oculares podemos comprender con qué fervor y espíritu trataba el Vble. Diego de Cádiz las cosas de Dios en el púlpito, y cómo la buena y apostólica predicación la bendice y colma Dios de los más copiosos frutos.

III.—DESPUÉS DEL SERMÓN.

623. Concluído ya de predicar el sermón, si el predicador no quiere perder su fruto, sino que al contrario sacar mucho provecho, deberá observar las siguientes reglas:

624. **Regla 1.^a** Inmediatamente después del sermón rogar á Dios por sus oyentes, á fin de que les aproveche la divina palabra, que no sea estéril, sino que fecunde en sus corazones y queden extirpados de raíz los vicios; y también para sí mismo, á fin de que pueda practicar lo que á los otros ha predicado.

625. **Regla 2.^a** Pedir á Dios perdón de las faltas cometidas durante la predicación, y de no haberlo hecho mejor correspondiendo á su gracia, y que El se sirva remediar el mal que podría resultar de cualquier palabra no conforme que hubiese podido salir de nuestros labios, quedando alguno tal vez ofendido de nuestros avisos é increpaciones contra los vicios.

626. **Regla 3.^a** Durante la predicación resulta que nos han venido magníficas ideas, figuras atrevidas de grande efecto, giros los más felices, notables modificaciones; hemos observado también el efecto que ciertas frases, ciertos períodos producen sobre el auditorio, nos han hecho otros también observaciones sobre la ejecución de nuestros discursos; todo esto, pues, conviene anotarlo después del sermón; son preciosas observaciones que nos servirán de mucho durante toda la carrera de nuestra predicación. Estas nos hacen más provecho que la lectura de los mejores tratados sobre la predicación. No hay más trabajo que ir apuntando después del sermón nuestras impresiones, y las observaciones que los otros nos hacen y son dignas de ello. «Predicando cinco ó seis veces un discurso, y corrigiéndolo inmediatamente después, dice el cardenal Maury, es cómo se juzga perfectamente, así el efecto como el conjunto, y cómo se pueden fortalecer los impulsos, suprimir lo que sea largo, y multiplicar y perfeccionar las bellezas.»

627. **Regla 4.^a** Conviene aplicarse á la oración, á la lectura ó alguna otra ocupación para distraerse de toda vana complacencia cuando cree que ha tenido un feliz éxito, ó para no dejarse preocupar de la tristeza cuando juzga que le ha salido mal, ó no se ha expresado según sus deseos.

628. **Regla 5.^a** No hablar del sermón ni alabando, ni vituperando; ni dejarse vencer de la sutil ambición de alabanzas, manifestando faltas y pretextando excusas para dar ocasión á algunos golpes de incensario; lo mejor es, después del sermón, retirarse y evitar todo trato y conversación. Si se dan los parabienes, que es imposible evitar, no vemos razón para negar con pertinacia el dón de Dios, como hacen algunos, pudiendo con esto dar motivo á que no se piense tan bien de ellos y que quieren atribuirse algo. Aquello es de Dios, no es nuestro, y por tanto nos parece mejor la regla y práctica de aquellos que huyen de alabanzas, y, no pudiendo en parte evitarlas, sencillamente exclaman con humildad: *Ad majorem Dei gloriam. Non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam*: alaban á Dios, no se atribuyen nada, y procuran huir el cuerpo disimuladamente de tan halagüeño peligro, sin hacer ningún boato de excusas.

629. **Regla 6.^a** Con toda tranquilidad humillese el predicador en la presencia de Dios, y ni quiera informarse, ni se inquiete de lo que dicen y piensan los hombres, ni para nada mendigue sus elogios. Ha complacido á Dios, si ha cumplido su deber, y esto le basta. Considere lo que pensará en la hora de su muerte, y la cuenta estrecha que hemos de dar á Dios. «Comparad, decía San Francisco Javier en los consejos que daba al P. Barzée, comparad el fruto de vuestras predicaciones con el fruto más abundante que de ellas resultaría si no pusiéseis obstáculos con vuestros pecados diarios á los designios de la Bondad divina, y convencido de estas ideas, cuanto más os eleven, más debeis humillaros...»

630. «Acordaos, continúa el Santo, de tantos predicadores como, después de haber evangelizado á los pueblos, se han hecho réprobos sólo porque carecían de humildad. Predicaron con elocuencia y aplauso, obtuvieron conversio-

nes; pero después de haber servido de instrumentos á las misericordias del Señor, fueron precipitados en el fuego eterno, porque se atribuyeron una gloria que sólo pertenece á Dios, y alzando soberbios la cabeza, se encontraron con los rayos que Dios lanza contra los que se elevan... A fin de evitar semejante desgracia, calculad lo que en vuestras predicaciones pertenece á Dios y lo que os pertenece á vos mismo; entonces no hallaréis de qué glorificaros, sino de seguro mucho de qué temblar y humillaros."

631. ¡Ah! estos tales no dijeron: *Soli Deo honor et gloria*; ellos no clamaron al empezar su trabajo: *Domine, in nomine tuo laxabo rete*, y... por esto se condenaron; mas nosotros, si consideramos por una parte nuestra indignidad para un cargo tan elevado de apóstoles de la divina palabra, y por otra parte el mucho mayor fruto que haríamos con mayor correspondencia á los dones de Dios, y el poco ó nada que hacemos con nuestras ignorancias, descuidos y falta de buen ejemplo, sirviendo de obstáculo con este mundo de pasiones á la conversión de las almas, nosotros, digo, con estas santas consideraciones fácilmente salvaremos nuestras almas, al mismo tiempo que trabajamos por la salvación de las del prójimo.

632. Considere por otra parte el celoso y humilde predicador el premio y galardón de sus fatigas y sudores, las almas salvadas con ayuda de sus predicaciones y desvelos que le saldrán á recibir en la hora de la muerte, y la corona de gloria que le dará el Señor al siervo humilde que jamás buscó la suya propia: *Qui ad justitiam erudiunt multos, fulgebunt quasi stelle in perpetuas aternitates*. (Dan. XII, 3).

633. Esto debe estimularnos mucho á entregarnos debidamente al ministerio de la divina palabra estudiando todas las reglas, y practicando todos los avisos y consejos que los Santos Padres y maestros de la elocuencia cristiana, y los santos predicadores nos han enseñado y practicado, para anunciar con fruto la divina palabra, y merecer después el premio celestial destinado á los verdaderos operarios evangélicos.

CONCLUSIÓN.

634. Mis queridos discípulos y siempre recordados hermanos míos: ya tocamos al fin de este pequeño trabajo que nos habíamos propuesto. Aquí teneis en este *Compendio* todas aquellas Reglas necesarias para una buena predicación, que ya vosotros durante vuestro Curso de Elocuencia Sagrada aprendisteis, y que ahora fácilmente podréis repasar al tomar este *Compendio* en vuestras manos. No hemos querido tocar la dedicatoria ni fecha que el año pasado, estando con vosotros en la América, le pusimos, á pesar de que aquí en España en estos últimos meses del año 1889 perfeccionámos estas lecciones, añadiendo, quitando ó reformando lo que nos pareció más conveniente, por la mayor proporción que tuvimos de consultar nuevos autores y libros, y disponer de más tiempo libre para ello.

635. Hemos recorrido como en prado florido el campo ameno de la Elocuencia Sagrada, y nos hemos recreado en sus innumerables bellezas. Sin duda habremos podido comprender cuántas hermosas y peregrinas flores pasan desapercibidas é ignoradas á los que sus ojos no han puesto en este bello jardín de la elocuencia; y cuánta gloria podemos dar á Dios si cultivamos aquel sentimiento, aquellas nobles facultades con que el Señor ha adornado á sus racionales criaturas. Obligación hay para el heraldo de la divina palabra de cultivar el talento que Dios le ha dado para la predicación, no importa en cualquier grado que sea, pues se trata de la gloria de Dios, de la salvación de las almas, y de la suya propia: *Labia enim sacerdotis custodient scientiam, et legem requirunt ex ore ejus* (Malach. II, 7); ni podemos permitir que el talento de la predicación quede cubierto por el orín del descuido y la culpable ignorancia. Dios nos castigaria.

636. Acordémonos de nuestros mayores, de aquellos venerandos Padres que tantos ejemplos nos dejaron de su